



**La Universidad del tercer milenio, una
oportunidad para el nuevo renacimiento**
Discurso de inauguración de curso de la
Universidad Villanueva.

Ilmo. Dr. D. Javier Fernández del Moral

Madrid, 9 de octubre de 2020



Ateniéndonos a la tradición académica de comenzar los cursos en la universidad con una lección impartida por un miembro del claustro al que se le hace rotar cada año por orden de antigüedad, me dispongo a asumir esa función como Director Académico del Centro Universitario Adscrito a la Universidad Complutense de Madrid, para inaugurar el primer curso académico de la nueva Universidad Villanueva que comienza formalmente de este modo su andadura.

No les oculto la íntima satisfacción que supone para mí asumir ese compromiso y lo honrado y agradecido que me siento por este encargo, que expresa todo un símbolo en mi vida profesional y académica.

En el año dos mil fui nombrado por el Rector de la Universidad Complutense con el beneplácito del Centro, después de una década de decanato en la Facultad de Ciencias de la Información, dos décadas de catedrático en la misma universidad y tres décadas de profesor universitario.

Hoy, tras dos décadas más dirigiendo el Centro Villanueva, le cedo el testigo académico a mi querido colega, el profesor Ortiz Ibarz, rector de la

Universidad Villanueva. Y ese relevo, me lleva directamente a la imagen del grupo escultórico que desde al año 1955 fue instalado en la plaza de Ramón y Cajal de la Universidad Complutense, entre las facultades de Farmacia, Medicina y Odontología y que se titula “Los portadores de la antorcha”. En él, un anciano yacente extiende su brazo con la antorcha del conocimiento en la mano, para que un joven jinete la recoja desde su caballo al galope.

La obra, realizada por la escultora norteamericana Anna Hyatt Huntington representa el mito de Prometeo, que después de robar el fuego a Zeus fue perseguido hasta la extenuación. En el último esfuerzo, pudo entregar la antorcha a otro hombre más joven, dispuesto a mantener vivo el fuego al servicio de los hombres. Hubiera sido deseable y desde luego para ustedes mucho más divertido que escucharme a mí, escenificar el relevo con antorcha y caballo incluidos, pero no hemos encontrado precedentes en ninguna universidad y no hemos querido arriesgarnos con una originalidad que no tiene ninguna tradición.

En cualquier caso, no viene mal arrancar del mito de Prometheus (el previsor)



para hablar de la universidad previsible, de esa universidad con la que hemos de ser capaces de salir de las tinieblas, de las dudas, de las incertidumbres, y arribar a una nueva sociedad, a un nuevo renacimiento, capaz de dar protagonismo a un ser humano renovado y libre.

En los diálogos que Platón pone en boca de Sócrates y Protágoras se explica muy bien el mito y podemos así abrir una dimensión adecuada para describir y entender mejor la institución universitaria en el milenio que todavía estamos estrenando. El fuego, que significa conocimiento, sabiduría, progreso, capacidad de salir de la oscuridad para comprender mejor el mundo, debe ser considerado el mayor tesoro de nuestra querida institución y es la mejor oportunidad que se le da al hombre para poder competir con el resto de la creación y las demás criaturas, dotadas de atributos específicos. Así, Protágoras va desgranando el mito en su conversación con Sócrates y le indica la conveniencia de organizar a los hombres- para poder salvarles- en ciudades regidas por armonía y amistad, justicia y pudor, ofreciendo el arte de la medicina o la arquitectura a un solo hombre para que este lo ejerza y lo haga llegar a todos, porque si participan unos pocos, jamás habrá ciudades...⁽¹⁾.

La ciudad, la polis. Ese es precisamente el origen de nuestro nombre. La Villa Nueva, en eso pensaron sus fundadores, Juan Gutiérrez y Francisco Anson, en hacer emerger una nueva ciudad desde dentro del conocimiento profundo de las cosas. No es un apellido ilustre ni un toponímico, pretende ser la denominación de una identidad corporativa concebida por los principios de regeneración, justicia, verdad y universalidad.

Ese fue el espíritu con el que allá por los años setenta del pasado siglo veinte, animados por la libertad y la magnanimidad que les había sabido transmitir San Josemaría Escrivá de Balaguer, pusieron en marcha el proyecto del Centro Universitario, que a lo largo de todos estos años, bajo la sabia y prudente dirección de Javier Gutiérrez Palacio, consiguió llegar a consolidarse como una realidad académica madura y que hoy arranca con este acto de apertura del primer curso académico de una nueva universidad española en Madrid.

Es el momento de reflexionar brevemente sobre esta realidad, porque en la medida que seamos capaces de profundizar en ella, podremos entender mejor en que debe consistir nuestra misión institucional y



Si queremos que la universidad del tercer milenio abra a la humanidad un nuevo renacimiento, deberíamos estar más atentos a lo sustancial de la institución y no tanto a los rendimientos cortoplacistas”.

por tanto cual debe ser nuestra identidad corporativa. En estos momentos de zozobra, de desconcierto mayúsculo en muchos sentidos, en los que la humanidad se estremece zarandeada por una pandemia desconocida, imprevista e imprevisible, estamos dando los primeros pasos de una institución que se rige por los principios de universalidad, seguridad y permanencia. Una nueva universidad que por encima de todo debe ser eso, universidad, para no dejar de ser fiel a lo que significa. Por eso resulta oportuna la consideración que he querido reflejar en el título de mi intervención, y escudriñar en el papel de la institución universitaria en este tercer milenio que acabamos de inaugurar con nuestro siglo.

Es muy frecuente en la actualidad encontrarnos con preguntas como estas: ¿Va a desaparecer la universidad como tal?; ¿se está viviendo el ocaso de las universidades?; en cualquier caso, ¿cómo serán las universidades en una sociedad de la información compleja en la que parece desdibujarse la mediación?, todas ellas parecen dirigirse en una misma dirección, una profunda crisis de la institución universitaria, que si no asumiera cambios sustanciales, caminará inexorablemente hacia su desaparición.

Pero esa idea no es ni reciente ni original. Karl Jaspers, filósofo y psiquiatra alemán de principios del siglo pasado, escribió un ensayo titulado “La idea de la universidad” nada menos que en 1923. Pues bien, una de las proclamas que aparecen en ese texto es tan atrevida, como rotunda:”la idea de universidad está muerta”, dice Jaspers, en una mezcla de criticismo escéptico y profecía. El texto por cierto ha vuelto a interesar en ámbitos universitarios y lo ha editado EUNSA en el año 2013 ⁽²⁾.

Muy recientemente, Rafael López-Meseguer ha editado unos interesantes post en el blog “studiaXXI” de la Fundación Europea Sociedad y Educación, en los que no solo desarrolla esta idea de Jaspers, secundada de forma sistemática y profunda por el filósofo alemán Jürgen Habermas, sino que introduce originales enfoques de autores menos habituales como el de Michael Oakeshott, que a mediados del siglo pasado publicó su obra “El concepto de universidad”, y define la institución con la interesante denominación de comunidad de conversación.

Con ellos, otros muchos filósofos, pensadores y teólogos se han ocupado profusamente de la idea de universidad.

Humboldt, Ortega y Gasset, Newman, el cardenal ya canonizado y otros más recientes y cercanos como el profesor Antonio Millán-Puelles y el profesor Rafael Alvira en la Universidad de Navarra, que han querido reflexionar sobre nuestra querida institución y han puesto de manifiesto las principales virtudes y defectos con los que se ha venido adornando en los últimos años.

Estamos viviendo una época de crisis en muchos sentidos, y la universidad no es ajena a los cambios. Bolonia, que paradójicamente por cierto está siendo una de las universidades más refractarias a la nueva filosofía con la que Europa ha querido imitar a los Estados Unidos en los modelos universitarios, ha supuesto un enfoque que por una parte resultaba necesario para acercar a una universidad elitista y ensimismada a la realidad social y económica, pero por otro está haciendo correr el riesgo de olvidar lo más genuino y necesario de la misma, precisamente para que nunca corra el riesgo de perder su más noble y ambiciosa finalidad, la búsqueda libre de la verdad.

Si queremos que la universidad del tercer milenio abra a la humanidad un nuevo renacimiento, deberíamos estar más

atentos a lo sustancial de la institución y no tanto a los rendimientos cortoplacistas, al pragmatismo utilitarista al que parece abocarnos en cierto modo Bolonia.

Un elemental análisis de contenido de los documentos más significativos que orientan y definen la nueva estrategia universitaria, nos conducen profusamente a términos como preparación, habilidades, destrezas, resultados, controles, rendimientos, empleo..., pero muy poco a verdad, servicio, libertad, liderazgo, persona, virtud, generosidad..., así en un lúcido análisis, el profesor Alvira se atreve a definir lo más destacable de esa nueva filosofía, que se apoya según él en tres puntos fundamentales: a) beneficio, retorno económico de las inversiones públicas o privadas dedicadas a la investigación y empleo laboral de los egresados; b) tecnicidad, con un uso hipertrofiado de las NTI, y una paulatina pérdida de protagonismo del trato personal, y c) control, evaluaciones, comisiones, certificaciones, justificaciones permanentes.... Como se puede ver, todo un panorama presidido según el mismo autor, por el economicismo liberal sometido a controles que expresan permanente desconfianza y



unas omnipresentes tecnologías que aparentan avance y modernidad, pero que deshumanizan cada vez más y nos alejan de la idea oakeshottiana de la “comunidad de conversación”. Comunidad para la conversación, para el diálogo, que según el profesor Alvira es la mejor forma de referirse a la docencia, así como el estudio es el mejor modo de nombrar a la investigación. Diálogo, participación, implicación. El alumno ya no es un mero cliente, un usuario, un discente que escucha, es un ser humano, dotado de alma, inteligencia, voluntad, capaz de amar y ser amado.

En una audiencia que tuvimos varios profesores universitarios con el Beato Alvaro del Portillo siendo Prelado del Opus Dei, nos preguntó sin rodeos y sin que lo esperásemos: “¿queréis a vuestros alumnos?, porque a los alumnos hay que quererles”... y a un compañero que estaba a mi lado, prestigioso catedrático de derecho mercantil, se le escuchó claramente la frase: “creo que me he equivocado de profesión”...

¿Se trata tan sólo de preparar profesionales útiles?, ¿o es necesario acudir una vez más a los principios fundacionales que han venido dando consistencia y grandeza a la institución universitaria?

Hace unos años, redacté una introducción para presentar el programa que nuestro Centro Universitario iba a ofrecer a personas mayores. En su presentación, no quise aludir a la condición de los destinatarios como solían hacer las demás universidades y lo titulé “La universidad de siempre”. En la descripción de sus objetivos decía textualmente:

“La complejidad de los conocimientos expertos y el utilitarismo de una formación profesional cada vez más exigente, han ido llevando a la universidad a resultados que la han alejado de su más auténtico cometido y su más auténtica vocación. Eso es exactamente lo que el Centro Universitario Villanueva se propone con este nuevo programa, recuperar el sabor, el gusto por lo bueno, lo bello y lo verdadero, dejando las habilidades y las destrezas exclusivamente para aquellos que las vayan a necesitar”.

De todos modos, se trataría, como se puede comprender, de evitar los pendulazos, los giros de ciento ochenta grados a los que somos tan aficionados los seres humanos. La respuesta a una universidad despegada de la realidad, encerrada en su torre de marfil, no nos puede llevar a olvidar una

de sus componentes fundamentales, precisamente la que nos prepara mejor para entender el valor de trascendencia.

Es necesario mantener el equilibrio entre conocimiento y vida, entre saber práctico y teórico, entre habilidad y virtud, entre análisis y síntesis. La universidad en realidad surge precisamente de esa simbiosis, de la unidad de los valores que representaron en la antigua Grecia las dos escuelas con las que comenzó la historia del saber científico en Europa, la de Mileto y la Pitagórica. La primera se caracterizaba más por su aspecto profesional, la segunda por su estilo humanístico. La una, se organizó más como una escuela artesanal, con más interés en el conocimiento del cosmos y sus consecuencias prácticas; la otra, tenía más interés por la formación humana, y se planteó como una comunidad basada en la amistad y el diálogo. Por eso, la búsqueda de la profesionalidad, de la aplicabilidad, del rendimiento social, no nos puede hacer olvidar el componente humano, espiritual y ético del que parece que queremos prescindir para terminar cayendo en un cierto pragmatismo utilitarista.

Pero seamos optimistas, a pesar de todos los conflictos, de todas las etapas críticas,

la Universidad como institución ha seguido adelante y ha dado siempre nuevos frutos a la humanidad. Estamos estrenando un nuevo milenio y debemos ser capaces de lograr un dibujo adecuado de nuestra querida alma mater, para lograr un paso definitivo en la marcha de la humanidad hacia su destino definitivo.

El tercer milenio fué para el papa San Juan Pablo II una referencia permanente desde su nombramiento. Su carta apostólica “Novo millennio ineunte”, marca una hoja de ruta extraordinariamente ambiciosa para los seres humanos, y su mensaje nos puede ayudar mucho para lograr ese objetivo. En el epígrafe que titula el Papa “La plenitud de los tiempos”, dice textualmente:

“La coincidencia del Jubileo del año 2000 con la entrada en un nuevo milenio, ha favorecido ciertamente, sin ceder a fantasías milenaristas, la percepción del misterio de Cristo en el gran horizonte de la historia de la salvación. ¡El cristianismo es la religión que ha entrado en la historia! (...). Contemplado en su misterio divino y humano, Cristo es el fundamento y el centro de la



La universidad tiene algo sustancialmente permanente a pesar de la constante transformación de los modos: la inteligencia humana, el genio del hombre, su pensamiento libre, su amor a la verdad”

historia, de la cual es el sentido y la meta última(...). Su encarnación, culminada en el misterio pascual y en el don del Espíritu, es el eje del tiempo, la hora misteriosa en la que el Reino de Dios se ha hecho cercano, más aun, ha puesto sus raíces, como una semilla destinada a convertirse en un gran árbol, en nuestra historia”.⁽³⁾

Ese tercer milenio no es sólo por tanto un tramo de la historia, es el tramo de la historia contada desde la aparición de Cristo en el mundo. Por eso, la propuesta de la universidad del tercer milenio, nos obliga a definir muy bien su esencia, su compromiso y sus retos.

Para poder encontrar la esencia de la institución universitaria, es necesario sumergirnos en sus orígenes y no solo en el de las primeras universidades surgidas en los comienzos del segundo milenio, entre las que estaban las españolas más antiguas, Palencia (1212), Salamanca (1218), Valladolid (1241), sino en los antecedentes remotos por los que el pensamiento humano se vincula a determinadas metodologías de búsqueda y trasmisión de la verdad, que van plasmando figuras como

las de los pensadores, líderes espirituales, o incipientes instituciones, tanto en las culturas occidentales (como las escuelas citadas), más conocidas y documentadas, como en las orientales.

La universidad, así contemplada, tiene algo sustancialmente permanente a pesar de la constante transformación de los modos, y así como la materia, una vez formada, ya no desaparece sino que se transforma, la inteligencia humana, el genio del hombre, su pensamiento libre, su amor a la verdad, viven en permanentes transformaciones sin que podamos prescindir de un contexto institucional independiente, libre de contaminaciones económicas, políticas o ideológicas. Lo más importante es que siempre seamos capaces de mantener lo esencial.

¿Y qué es lo esencial? Para el filólogo y pensador alemán Robert Curtius, toda nuestra cultura, nuestra tradición de pensamiento y civilización se basa en tres grandes pilares: la filosofía griega, el derecho romano y el cristianismo⁽⁴⁾. Cada uno de ellos deberá aportar los ingredientes menos perecederos del perfil universitario, y con ellos, podremos dibujar esa universidad del nuevo milenio, que



desde mi punto de vista debe sobre todo ser fiel a su misma identidad.

Desde que la universidad hizo su aparición en plena síntesis teológica, se convirtió en una institución de referencia social indiscutible y de indiscutible liderazgo intelectual. Los conocimientos se integraban en los saberes en una perfecta y asombrosa simbiosis entre los últimos descubrimientos de las diferentes ciencias y la sabiduría tradicional decantada por el tiempo y sometida a la cultura popular. En esos momentos, las dos funciones principales que caracterizan la institución universitaria, la investigación y la docencia, adquirieron su sentido más noble y más coherente, unidas en una casi perfecta armonía. Y eso debería seguir haciendo nuestra universidad en el siguiente milenio.

Por una parte crear, profundizar, mantener, justificar, consolidar y orientar los diferentes conocimientos del saber humano como una auténtica punta de lanza que con paciencia, humildad y perseverancia erosione la roca de la ignorancia, horade los muros que levantan hoy las diferentes mentiras interesadas, y nos permita acercarnos con decisión a los arcanos de la verdad, que siguen hoy cuidadosamente envueltos por

los mil y un laberintos cubiertos de velos que nos impiden el acceso.

Pero por otra parte, debe también enseñar, transmitir esos saberes a los diferentes servidores de la sociedad que a través de las profesiones consolidadas y reconocidas, aplican esa ciencia, esos conocimientos y esas técnicas para que puedan rendir sus frutos de forma universal y solidaria, sin dejar fuera a nadie.

Entonces, la ilustración sorprendió a la universidad sumida en un excesivo embelesamiento aristotélico-tomista. La ruptura con la síntesis teológica, supuso no sólo la pérdida de la visión global, sino también un alejamiento de la realidad social en la que se inscribía de forma ejemplar la universidad medieval. En determinadas ocasiones el avance científico eligió caminos inhóspitos y a veces heterodoxos, pero la universidad no supo reaccionar, y lo que comenzó siendo una pequeña y breve disfunción, terminó en los últimos dos siglos convirtiéndose en una falla de carácter casi abismal. Prácticamente ninguna o casi ninguna de las ideas, teorías o acontecimientos científicos que han marcado nuestro devenir como sociedad en los últimos tiempos, tuvo su origen en la

universidad. Ni Marx, ni Einstein, ni Freud, tres de los protagonistas indiscutibles de ese devenir, hicieron sus trabajos más representativos desde o para la Universidad.

Mientras, el modelo universitario se fue desdoblado hasta llegar a una excesiva bipolarización entre uno europeo de corte más estatalista, especulativo y minoritario y otro más abierto, pragmático y orientado a la especialización, por el que apostaron en los EEUU.

¿Cómo tendremos rediseñar nuestras universidades para que consigan en el futuro milenio recuperar su auténtica esencia primigenia y la orienten para lograr entrar en un nuevo renacimiento?. Esta es la cuestión.

La especialización creciente que siguió a la síntesis científica, esa que parecía dar un nuevo sentido y coherencia a todo el saber, hizo tambalearse la unidad y el sentido de todos los conocimientos. Pero, sorprendentemente por otra parte, ha sido la propia ciencia experimental la que ha roto con ella, que con términos como indeterminación (Heisenberg), relatividad (Einstein), nube de probabilidades y paradoja (Schrödinger), alejan a la ciencia de sus planteamientos rígidos

y racionalistas que dominaron toda la ilustración. Resulta por tanto apasionante comprobar, que así como a esa primera revolución de la ciencia experimental (Newton, Galileo, Copérnico, Lavoisiere) le siguió una respuesta ideológica casi inmediata de la filosofía, con Descartes como protagonista indiscutible, a esta segunda revolución no hemos sido capaces todavía de dar una explicación coherente en el terreno de las ideas, debatiéndose las tecnologías más avanzadas entre fantasmas de nuevos humanismos tecnificados.

La universidad del tercer milenio tendrá que ser capaz de ofrecer respuestas, de dar referencias estables, indiscutibles, sólidas. Lamentablemente hoy, las instituciones más obligadas a mantener los sistemas de valores han entrado en el torbellino de un utilitarismo rampante, cortoplacista y efímero. Nuestra sociedad se mantiene estructurada en torno a centros de poder en los que la única verdad tiene que ver sobre todo con los resultados inmediatos, mientras la humanidad sigue buscando esa referencia de coherencia y de estabilidad que sin dejar de ser antropocéntrica, devuelva al hombre su sentido más auténtico, alejado del reduccionismo



inmanentista al que nos abocó el racionalismo científico.

Por eso, cuando hablamos de basar nuestra identidad corporativa en el humanismo cristiano, estamos apostando por un tipo de institución capaz de inscribirse en ese tercer milenio del que nos habla San Juan Pablo II, capaz de ofrecer respuestas a las inquietudes actuales de los hombres, de todos los hombres, capaz de atender las expectativas de nueva síntesis cultural. No es una simple pincelada exótica, una justificación que explique la existencia de las capillas o las capellanías, ni tan siquiera un asunto más que se añada a la oferta académica. Es sin duda el modo rotundo y definitivo de apostar por un modelo institucional capaz de señalar a toda la sociedad el camino por el que transitar. ¿A toda la sociedad?, aquí es precisamente donde radica la mayor parte de la novedad de nuestra apuesta académica.

A los tradicionales fines específicos de la Universidad, la investigación y la docencia, se viene ya añadiendo el que se llama de forma bastante borrosa, bastante equívoca, transferencia social. Este concepto, que ha llevado a diversos experimentos como vicerrectorados específicos, la aparición

de los Consejos Sociales, la multiplicación de evaluaciones y controles a base de comisiones diversas con presencia frecuente de los llamados “agentes sociales”, se ha completado recientemente con el más genérico de: “Responsabilidad social de las universidades”, del que se suele hacer casi siempre una interpretación parcial o reduccionista, cuando no puramente anecdótica. Una RSU verdadera, según las voces expertas, exige ya considerarla en tres niveles. Primero, asumir el compromiso dentro de un Plan Estratégico; segundo incluirla en los sistemas de gestión y en tercer lugar rendir cuentas con las correspondientes memorias.

Pero sin duda, la primera y más importante responsabilidad que tienen las universidades con la sociedad es la de hacer bien su trabajo, cumplir con perfección y esmero la función a la que están llamadas.

Una vez asumido ese compromiso con la sociedad, es necesario comprometerse a incluir en su docencia y en su investigación este componente, y tener además operativo un departamento que se ocupe de las iniciativas sociales para aplicar en las prácticas de las diferentes especialidades.



Esa inquietud por los más débiles, ese compromiso con la sociedad y con la naturaleza que incluye hoy la Responsabilidad Social, concretadas en acciones por la igualdad de género, por la ayuda a las minorías más vulnerables o por el respeto al medio ambiente y al cambio climático, esas que marcan los famosos objetivos de la agenda 2030 para un desarrollo sostenible, y que aparecen ya como variables medibles en todos los rankings internacionales, no son más que las nuevas versiones de las tradicionales expresiones de la dignidad de todo ser humano; la actitud de servicio y de entrega por amor a los demás, y el liderazgo para asumir compromisos permanentes. ¿Y qué otra cosa sino esa precisamente significa basar nuestra identidad en el humanismo cristiano?

Ahora bien, una vez cubiertos estos objetivos, nos quedaría el más innovador, el que define de un modo más ambicioso nuestro proyecto universitario, el de preocuparnos por el advenimiento de ese nuevo renacimiento desde la universidad, desde una universidad que no solo se preocupe del estudio y el diálogo, como hemos visto, de la investigación y la docencia, sino que prepare a la humanidad para una síntesis cultural. Ese amor a la verdad por lo tanto, nos obliga ya, no solo a buscarla investigando

y a transmitirla a los alumnos enseñando, es necesario divulgarla, ponerla de moda, para que pueda llagar a todos con eficacia. Ese es el auténtico reto de la llamada transferencia, de la responsabilidad social universitaria, para devolverle el carácter prescriptor que siempre tuvo.

Esa nueva sociedad informada podrá entonces convertirse de verdad en la sociedad del conocimiento, en la sociedad sabia, y será ya una nueva ciudad, una villa-nueva, la ciudad de Dios de San Agustín. Su destino dejará de estar sujeto a intereses, mentiras y manipulaciones, para que vuelva a renacer la esperanza. Ese renacimiento en el tercer milenio es tarea de la nueva universidad como faro primordial de la sabiduría, cooperando así al logro de una sociedad que deberá ser:

Global. Ningún ser humano puede quedar fuera, como en la polis griega ideal, el saber debe llegar a todos, aunque necesite nuevas intermediaciones, nuevas profesiones y la adecuación y perfeccionamiento de las vigentes.

Coherente. Hay que buscar los ingredientes más adecuados para saber cocinar la síntesis, que permita ofrecer esa visión

global, que le de al hombre su sentido y rescate su dignidad.

Magnánima. Tiene que plantearse metas altas, objetivos ambiciosos, huyendo de los intereses mezquinos.

Solidaria. A favor siempre de los que necesiten más, atenta a los más vulnerables y a los más débiles.

Está claro que para lograrlo es preciso contar con esa revolución tecnológica que ya anunciaba los cambios. La universidad no sale de su torre de marfil solo con programas o decretos, hay que utilizar de forma adecuada todo el potencial que las tecnologías actuales ponen a nuestra disposición. El maldito coronavirus nos ha puesto contra las cuerdas en muchos temas, pero por otra parte nos ha obligado a cambios mucho más rápidos y de forma más rotunda. El rector de la Complutense, el profesor Goyache, lo decía en un reciente y excelente reportaje de El País Semanal sobre los efectos de la pandemia en la universidad⁽⁶⁾: “en unos meses hemos dado un salto que no hubiéramos dado en años”. Es muy alentadora esta visión optimista en estos momentos de alguien como él. Flexibilización, personalización,

interacción constante e individualizada, las tecnologías se están presentando como alternativas muy innovadoras y adecuadas para la institución universitaria.

En ese sentido, aunque los planteamientos de mi propuesta puedan resultar hoy algo abstractos y alejados de la realidad, puede que sea la crisis sanitaria que estamos viviendo la que abra las puertas de esa nueva universidad. En ese mismo reportaje, el comisionado de proyectos de la Universidad Pompeu Fabra, Manuel Jiménez-Morales, muestra su deseo de que la crisis sea: “un catalizador más para que la institución educativa se pueda plantear innovaciones disruptivas y adaptadas a los grandes retos de la sociedad”.

¿Significa acaso este enfoque la desaparición de la clase presencial o la falta de ese diálogo físico, personal, del que hemos hablado?. En absoluto, creo sinceramente que esos ámbitos personales, esas interfases genuinamente humanas se potenciarán, se harán más eficaces y enriquecedoras. Por cierto, es lo que pueda que ocurra también con el papel como soporte informativo, deberá evolucionar y decantarse para ofrecer soluciones comunicativas diferenciadas y



mucho más nobles.

Es preciso ir concluyendo. Estoy seguro que más de una persona habrá juzgado el título de mi lección como algo pretencioso, algo exagerado, algo utópico..., creo sinceramente que no es así. El realismo con el que juzgamos la crisis actual en las instituciones, incluida la universidad, nos debe llevar igualmente a planteamientos ambiciosos y magnánimos para salir de ella.

Docencia e investigación (diálogo y estudio), responsabilidad social y transferencia, vocación y liderazgo; búsqueda, depósito y transmisión de la verdad científica y su divulgación universal. Si esos compromisos no fueran ambiciosos aceptaría la crítica.

Estoy seguro que lo que le pide el tercer milenio a la universidad por boca de San Juan Pablo II, solo se puede atender con una respuesta desde la universidad con lo que desea de ella otro santo. San Josemaría Esquivá de Balaguer, universitario que amó la Universidad, que fundó varias universidades y que ha dejado muchas y muy profundas reflexiones sobre ella, la mayoría de las cuales se han recogido en un texto recopilatorio que resulta de gran

interés para cualquier universitario.⁽⁶⁾

En un discurso pronunciado como Gran Canciller de la Universidad de Navarra en la ceremonia de imposición de doctorados “honoris causa”, apuntó con bastante claridad lo fundamental de esa respuesta que nos pide el nuevo milenio:

“La universidad no vive de espaldas a ninguna incertidumbre, a ninguna inquietud, a ninguna necesidad de los hombres. No es misión suya ofrecer soluciones inmediatas. Pero, al estudiar con profundidad científica los problemas, remueve también los corazones, espolea la pasividad, despierta fuerzas que dormitan, y forma ciudadanos dispuestos a construir una sociedad más justa”.⁽⁷⁾

Vivamos desde la universidad la mejor síntesis, lo práctico y lo teórico, lo profesional y lo humanístico, lo material y lo espiritual. Su carisma, proclamado por San Juan Pablo II en la ceremonia de su canonización, “el santo de lo ordinario”, nos lleva precisamente a eso, a unir el cielo y la tierra, las tareas más materiales y necesarias con la transcendencia, con la proyección eterna.



La universidad no sale de su torre de marfil solo con programas o decretos, hay que utilizar de forma adecuada todo el potencial que las tecnologías actuales ponen a nuestra disposición”.

Tuve el privilegio de escuchar en persona a San Josemaría Escrivá de Balaguer su famosa homilía “Amar al mundo apasionadamente” en el campus de la universidad de Navarra el 8 de octubre de 1967, hace ahora más de medio siglo. En ella, que para muchos expresa la esencia de su obra, se le oyó decir con fuerza:

“No hay otro camino, hijos míos: o sabemos encontrar en nuestra vida ordinaria al Señor, o no lo encontraremos nunca. Por eso puedo decir que necesita nuestra época devolver-a la materia y a las situaciones que parecen más vulgares-su noble y original sentido, ponerlas al servicio del Reino de Dios, espiritualizarlas, haciendo de ellas medio y ocasión de nuestro encuentro continuo con Jesucristo (...).Es lícito por tanto hablar de un materialismo cristiano, que se opone audazmente a los materialismos cerrados al espíritu” (8).

Ese tercer materialismo tiene que unir el cielo y la tierra y conseguir alejarnos de los dos anteriores, el materialismo ateo por un lado que pretendiendo liberar a los hombre los ha aherrojado como nunca, y el materialismo idólatra de los que solo creen en los resultados económicos y en los crecimientos cortoplacistas, que

pretendiendo el bienestar y la prosperidad, nos ha sumido en un hedonismo egoísta completamente alienante.

Es preciso por tanto tomar conciencia de la envergadura de los retos que tiene la humanidad en este nuevo milenio, retos a los que no podemos dar la espalda desde la universidad. Villanueva comienza hoy oficialmente su andadura y a pesar de las circunstancias adversas con las que nace, sin poder festejar su estreno, sin poder darse a conocer con la resonancia que hubiera merecido, siento con toda nitidez el palpitar de su semilla, la potencialidad de sus planteamientos, la ilusión y la generosidad de sus protagonistas, alumnos, profesores, personal de administración y servicios y un extraordinario equipo directivo. Por eso estoy seguro que va a ser capaz de conseguirlo. A todos ellos, a todos, les dedico para concluir un verso de un poeta contemporáneo.

*Tantos árboles desnudos,
tantas carencias...
cuantas noches sin sueños,
cuantos sollozos...*

*que otoño tan oscuro,
que sufrimiento...
la luz de la esperanza
ya está a la espera.*

*hay que sentir la urgencia de lo bello,
atisbar con claridad lo bueno,
saber descubrir lo verdadero*

*asi esperamos todos,
en la ciudad de dios,
la nueva primavera.*

He dicho.

Citas:

1.)-Prot.320c y ss, en Platón, Diálogos I. Traducción y notas por J. Calonge Ruiz; E.

Lledó Iñigo y C. García Gual. Pág 523 y ss, Gredos, Madrid, 1985

2.)-Jaspers, Karl. “La idea de la universidad”. EUNSA, Pamplona 2013

3.)-San Juan Pablo II. Carta Apostólica “Novo Millennio Ineunte”, punto nº 5.

4.)-Curtius, Ernst Robert. “Literatura europea y edad media latina”, Fondo de Cultura Económica, México 1955, pág 87ss (la primera edición alemana es de 1948).

5.)-Pablo de Llano, “Universidad, adiós al siglo XX”, en el Suplemento Semanal de El País “Como reinventar un país”, pags. 44-60, 27 de septiembre de 2020.

6.)-“Josemaría Escrivá de Balaguer y la Universidad”. EUNSA, Pamplona 1993,276págs.

7.)-Op.Cit., pág 98.

8.)-Conversaciones con Mons. Escrivá de Balaguer, en “Amar al mundo apasionadamente”, págs. 175-176, Rialp, Madrid 1970



Tu carrera, para el mundo